

REVISTA DE DERECHO

AÑO XXVII — JULIO - SEPTIEMBRE DE 1959 — N.º 109

DIRECTOR: ORLANDO TAPIA SUAREZ

Quintiliano Monsalve Jara

ABOGADO
CONSEJO CONSULTIVO:

HUMBERTO ENRIQUEZ FRODDEN

ALEJANDRO VARELA SANTA MARIA

JUAN BIANCHI BIANCHI

QUINTILIANO MONSALVE JARA

MARIO CERDA MEDINA

ESTEBAN ITURRA PACHECO

*
* *

ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA — CONCEPCION (CHILE)

SPRUILLE BRADEN

**Diplomático de Estados Unidos
de Norte América**

**LA EMPRESA LIBRE, PRIVADA Y COMPETITIVA
EN LOS ESTADOS UNIDOS (*)**

I

Es un alto privilegio ser permitido de charlar con vosotros en este Salón de Honor de la Universidad de Concepción. Os agradezco de todo corazón esta grata invitación y la presencia de tan distinguida concurrencia.

Me perdonaréis si, debido a la falta de tiempo, no haya podido pulir mis expresiones ni aún ponerlas en un español enteramente castizo. También os ruego perdonéis la informalidad con que os dirijo la palabra. En buenas cuentas, hoy estoy pensando en alta voz.

Se me sugirió que hablara sobre un asunto económico y encuentro especialmente apropiado hacerlo en este gran centro, además de cultural, de industria y de progreso, tan bien simbolizado por la Universidad de Concepción, y, entre otras, por la gran planta de acero de Huachipato y la de Papeles y Cartones.

Como sufro de una especie de monomanía sobre el asunto, he escogido como tema el sistema de empresa libre, privada y competitiva, tal como se practica en los Estados Unidos. Este sistema en mi país ha probado ser el mejor camino para crear una prosperidad abundante y amplia, para elevar el nivel de vida y sobre

(*) Conferencia dictada por el autor en el Salón de Honor de la Universidad de Concepción, el 8 de Septiembre de 1959.

todo para aumentar la productividad per cápita, sin la cual no puede haber avance ni mejoramiento permanente.

Hay que agregar que este sistema también ha reforzado nuestra conducta del gobierno constitucional representativo, es decir, la democracia como la practicamos. En el grado que ha garantizado este sistema de empresa privada, la libertad y la iniciativa del individuo económicamente también han aumentado y fortalecido todas nuestras libertades políticas y de toda índole.

Me siento orgulloso de que la Independencia de los Estados Unidos demostró, por la primera vez en la Historia, que el concepto de la libertad económica estaba íntimamente ligado a la libertad política y que sin ella no se podía disfrutar de ninguna libertad.

Casi podría yo, con un solo ejemplo, antes de entrar en otros detalles, resumir cuan exitosas han sido estas libertades económicas. Tenemos en la Historia varias épocas notables, pero la primera vez que el hombre más humilde empezó a gozar de ciertos derechos personales, no fue tanto con la democracia de Grecia o con la expansión de Roma, sino cuando se comenzó a emplear la fuerza del vapor en Inglaterra. Ahora, gracias a nuestro sistema de dar no solamente libertad económica, sino los incentivos al hombre más pobre para avanzar hasta la cumbre de la riqueza y la influencia y a ocupar los puestos más responsables, hemos creado en mi país, en menos de 200 años, dos épocas significativas para el mundo entero: la época de la electricidad y la época nuclear.

Creo no equivocarme al declarar que nunca antes han estado tan bien protegidos los derechos de propiedad para ricos y pobres igualmente, como en mi país. El resultado es que la nación entera ha avanzado individual y colectivamente, porque cada persona sin temor, podría acumular ahorros y hacer uso de sus energías y sus habilidades técnicas, con la promesa de recibir premios conmensurables con sus sacrificios y esfuerzos.

Es verdad que en los Estados Unidos no siempre hemos aplicado este sistema sabia y éticamente, pero el término medio, en general, ha sido magnífico y hemos proseguido nuestro sistema con tanta energía y con la participación de todo el pueblo, usando siempre el capital a mano con justicia, que los fracasos, corrupciones y otras distorsiones que han aparecido de vez en cuando, han sido arrastrados por el torrente de la Historia. Cuando hemos sufrido

LA EMPRESA EN LOS ESTADOS UNIDOS

315

reveses o depresiones, siempre hasta ahora, con nuestras energías aumentando la productividad per cápita, hemos podido volver a entrar con una marea fuerte de prosperidad y bienestar general.

Es pertinente observar que nuestras dificultades económicas no han obedecido tanto al funcionamiento del mercado libre, sino que, por el contrario, en mayor parte, han sido el resultado de una interferencia, bien intencionada pero mal informada, del Gobierno en el mercado. Por ejemplo, la inflación que sufrimos ahora en los Estados Unidos se debe en gran parte a la intervención estatal, acerbadada por los impuestos excesivos, el empuje del aumento de salarios y, por consiguiente, de los costos de producción.

Por todo lo que yo he aprendido de Concepción y de su vecindad, vosotros aquí, a vuestro propio modo, de una manera netamente chilena, también estáis siguiendo los postulados de la empresa libre, privada y competitiva, y al hacerlo, estáis aumentando la productividad per cápita y así rindiendo un gran servicio patriótico, de valor máximo para vuestro gran país.

Os ruego aceptar mi admiración y mis felicitaciones.

II

Naturalmente, hay redundancia al referirme a la empresa "libre" y "privada", porque nada puede ser genuina y completamente libre, sin el ejercicio de la voluntad privada por parte del individuo. Empleo ambas palabras para que no haya duda de lo que tengo en mente.

Incluyo la palabra "competitiva", porque ningún esfuerzo ni ninguna empresa humana puede crecer y prosperar por mucho tiempo sin la competencia. Es del caso observar que aún nuestras Iglesias son más fuertes cuando tienen que competir con otras Iglesias.

Sin la competencia libre la iniciativa del individuo puede llegar a ser de tal manera restringida, que ya pierde todo significado. Sin la competencia libre y privada, toda empresa puede caer en procedimientos mal concebidos, tales como los carteles y los monopolios, que después de un tiempo siempre donde han aparecido han paralizado el progreso y han hecho gran daño a la economía nacional del país que los acepta. Todo hombre de negocios cuerdo,

en los Estados Unidos, acepta gustosamente la competencia justa y fuerte como la quintaesencia del sistema de incentivos. Repetidamente, la sabiduría y la experiencia de valor científico, técnico y práctico y aún las patentes, han sido transmitidos a competidores, sin ningún pago, con el fin —como un amigo mío, Presidente de una gran compañía expresó— “de mantener a mi personal de venta siempre alerta”. Muchas compañías, sin pedir un centavo, dan consejos a organizaciones rivales sobre el mejor diseño para una planta nueva, cómo enseñar al personal, y tratan de ayudar en todo lo que se pueda, simplemente porque han aprendido que la competencia aguda y limpia beneficia a todo el mundo, tanto a consumidores como productores.

Tan exitoso ha sido este sistema como funciona en los Estados Unidos, y tan impresionante ha sido el crecimiento de un sinnúmero de empresas individuales, que ya en la opinión pública, la palabra “empresa” implica “organización grande”.

Sin embargo, en mi país no existe ni una sola compañía grande que no empezó siendo muy chica y a base de la iniciativa y esfuerzos de uno, o, a lo más, de pocos hombres. Estas empresas han crecido en gran parte con el sudor y la inteligencia, los ahorros y los sacrificios hechos por sus fundadores y esos otros hombres que trabajaron con ellos y que después han seguido en el mismo trabajo. Estas organizaciones han prosperado porque han hecho posible que el público goce de una infinidad de lujos, conveniencias y necesidades a precios bajos. Esta es la historia del éxito, a la cual siempre nos referimos con orgullo como típica de las oportunidades que ofrece nuestro “modo de vida”. Este es el crecimiento, progreso y mejoría en beneficio de todos y cada uno de los ciudadanos de mi país.

Hay quienes objetan y argumentan contra la competencia porque implica una lucha; pero yo pregunto: ¿dónde en la vida no hay lucha, empezando por los mismos vegetales en la naturaleza y, aún más, entre los animales, los seres inferiores? Encontramos la lucha en los campos atléticos o en un campeonato de ajedrez, en las escuelas o en la sociedad. La encontramos en la política y aún, como ya he dicho, en nuestras Iglesias. Los niños, cuando inventan sus juegos, siempre inyectan en ellos la lucha, usualmente una lucha física. Ningún hombre que se respeta a sí mismo, ni busca ni es-

LA EMPRESA EN LOS ESTADOS UNIDOS

317

pera el éxito ni la seguridad, sin una lucha. Desde la infancia, todos nuestros instintos son para luchar. Nunca negaría yo a mis hijos el derecho y los beneficios para sus caracteres de luchar, ni nunca les predicaría la doctrina inmoral de un ocio innoble; al contrario, yo insistiría en que llevaran una vida de lucha activa y enérgica que ennoblece. Jamás un hombre es más grande que las dificultades que él vence por medio de la lucha. Las grandes dificultades crean grandes hombres; las pequeñas dificultades, hombres pequeños. De la lucha competitiva nace la fuerza, la virilidad y la salud física y mental.

Ya he dicho que en inglés la palabra "empresa" implica "organización grande". El resultado es que muchas de las empresas en mi país han alcanzado un tamaño tal, que hay quienes sostienen que la grandeza en los negocios es intrinsecamente mala. Es una ironía, sin embargo, que estas mismas personas encuentren que la grandeza en el Gobierno es laudable. Ellos favorecen la concentración y crecimiento del Gobierno Federal en Washington y quieren que ese gobierno se inmiscuya en toda índole de negocios. Ellos no se dan cuenta que la abundancia de la cual goza el término medio de las familias en los Estados Unidos, existe solamente por la producción en masa que es posible mediante las grandes plantas de la minería, de la fuerza eléctrica e industrial, y por las grandes organizaciones de venta y otras acumulaciones de capital. Estos críticos de la empresa privada, para curar un mal que existe sólo en sus imaginaciones quieren hacer un Gobierno más grande y más complicado, introduciéndolo en los negocios, en cuyo campo como se ha probado miles de veces es incapaz de funcionar eficientemente. De esta manera, las autoridades se ven distraídas de su papel principal, fijado por la ley, el de asegurar que la comunidad, individual y colectivamente, esté protegida en contra del egoísmo y las depredaciones o de las tácticas injustas y vengativas de los grandes o de los pequeños negocios, de los sindicatos o de los gangsters, o de cualquiera otra persona, y, finalmente y de mayor influencia, del Gobierno mismo y de toda la muchedumbre de los burócratas.

Ningún negocio puede prosperar en contra de la competencia estatal, que no tiene que pagar impuestos, ganar dinero o pagar dividendos, ni operar con equidad o aún honestidad. Estos atentados para restringir y eliminar a los grandes negocios, no solamente es-

tán mal concebidos, sino que, lo que es peor aún, sólo logran la persecución y aún la estrangulación del individuo que quiere avanzar en la vida; matan a las empresas nuevas antes de su nacimiento. Las grandes compañías pueden resistir hasta cierto punto, pero el hombre pequeño con poco capital, el individuo, no puede.

III

El recientemente nombrado y muy distinguido Embajador de Chile ante las Naciones Unidas, Daniel Schweitzer, en un almuerzo en días pasados, me recitó las siguientes palabras del famoso literato francés, Pierre Louys: "1) No perjudiques a tu vecino; 2) Fuera de esto haz lo que gustes". Esta es la esencia de nuestro sistema democrático. Thomas Jefferson, uno de nuestros próceres y Presidente de los Estados Unidos, expresó la misma idea en otras palabras: "Un gobierno sabio y frugal que impida que los hombres se hagan daño los unos a los otros, pero que de otra manera los deje en libertad para regular su propia búsqueda de la industria y del progreso y que no le quitará de la boca del trabajador el pan que ha ganado, éste es el sumo de un buen gobierno".

Al llegar a Chile en mi presente visita, después de una ausencia demasiado larga, he quedado impresionado por el hecho de que vuestro Gobierno practica los principios de la libertad económica. En otras palabras, vuestro país está bendecido por el hecho de que goza de una administración que conoce y practica el principio de que es un mal criminal y equivocado, de parte del Gobierno, malgastar el producto de la inteligencia y la mano de obra de sus ciudadanos, bajo el pretexto de cuidarlos directa o indirectamente por medio de regalos o subsidios, o cualquier tipo de prebenda. Vuestro Gobierno, inspirado por estos principios ya está conquistando la confianza adentro y fuera del país. Esto es un augurio alentador para la prosperidad futura de Chile.

Es desalentador para todo el mundo que un Gobierno como el mío, dé subsidios a ciertos grupos escogidos, cuando el costo de esos subsidios tiene que ser pagado por todo el pueblo. Es un caso de sacarle a Pedro para pagar a Pablo. Los agricultores y los trabajadores, los educadores y los hombres de negocio, o cualquiera que acepte fondos públicos bajo la forma de subsidios, a la larga

LA EMPRESA EN LOS ESTADOS UNIDOS

319

están cavando su propia tumba, porque están fatalmente minando el sistema de la empresa libre, privada y competitiva, y la iniciativa del individuo.

Como ya he dicho, admito que nuestro sistema a veces es imperfecto, pero sin cuestión ha demostrado ser infinitamente superior a cualquier otro diseño creado por el hombre. Nos ha dado los niveles más altos de producción, de consumo y de comercio; más empleos con mayores sueldos reales y más oportunidades para la iniciativa y el desarrollo individual; más poder para el trabajador de asegurar con su propio esfuerzo todos estos beneficios, que en toda la historia anterior.

Este sistema de la empresa libre, competitiva, ha hecho del obrero manual un trabajador especializado y ha abierto el camino para que sus hijos, si ellos quieren, puedan llegar a la cumbre en cualquier profesión que ellos elijan. Así ha mejorado y multiplicado las oportunidades para el éxito, para la adquisición de la propiedad privada y personal, y de ese capital que da a cada hombre y a su familia, no solamente una escala de vida que mejora cada día, sino que le da la única seguridad genuina que puede existir para defenderse de la falta de empleo, la enfermedad y la vejez: la seguridad de los ahorros. Nos ha dado a cada uno de nosotros en mi país, si queremos lograrlo por medio del trabajo fuerte, del ahorro y de la honestidad, la dinámica de la oportunidad individual, en vez de la estática, o más bien, probablemente la decadencia de una filantropía estatal. Por último, y más importante, nuestro modo de vivir nos ha dado la santidad de la persona y del hogar, conjuntamente con más libertades de toda índole: de la fe, de reuniones en asambleas, de expresión libre, del voto y del derecho de elegir, de tomar y escoger y de hacer nuestras propias equivocaciones, de vivir nuestras vidas como queremos, siempre que no hagamos daño a nuestros vecinos o a la comunidad en que vivimos.

Desgraciadamente, sin embargo, y aquí me pongo pesimista, todos nosotros en las llamadas democracias, —es decir, en las naciones que pretenden gobernarse y valerse de un sistema constitucional y representativo—, hemos abandonado estos principios básicos, hasta tal punto que en muchos de nuestros países estamos asumiendo algunas características totalitarias, que son lo último de:

la maldad. En otras palabras, hemos recorrido parte del camino hacia la perdición, si aceptamos ideas colectivistas y ponemos el gobierno encima de la dignidad del individuo o abandonamos el sistema de la empresa libre, privada y competitiva. En muchas de las llamadas democracias hoy día están atentando en contra de la dignidad del individuo y tratando de destruir su respeto a sí mismo. Esto sucede porque algunos pueblos en vano buscan una seguridad nunca obtenible en un "Welfare State" —un "Estado de Bienestar"—.

Como ya he indicado, estamos concentrando el Gobierno demasiado en Washington. Estamos despojando a algunos Estados y comunidades chicas de su derecho de gobernarse a sí mismos, aún el control de sus impuestos. Estamos permitiendo que el Gobierno central se inmiscuya en un sinnúmero de empresas y desarrollos que debían ser estrictamente reservados a los individuos y las empresas privadas. Estamos olvidando que lo que determina que los salarios de los Estados Unidos superen por mucho los de otras partes del mundo es que el obrero cuenta con la ayuda del capital invertido, es decir con más y mejores máquinas y herramientas. Todos estos abusos del sistema de libre empresa son una violación viciosa de los preceptos establecidos por los padres fundadores de la República.

En tanto que sigamos en este camino, retrógrado, también estamos permitiendo que bastantes de estos poderes gubernamentales sean asumidos por la NU y otras organizaciones internacionales como la OEA. En estas organizaciones hay muchos idealistas, mal guiados colectivistas, y aún personas mal intencionadas, que han tratado, con bastante éxito hasta ahora, por medio de tratados o legislación internacional, de controlar las acciones de los individuos de esos países que se adhieren a algunos de estos pactos internacionales. En otras palabras, ahora mismo somos testigos del atentado de crear un Gobierno mundial. La proliferación de un Gobierno super o supra-nacional alejaría todavía más que ahora a todos los individuos de aquellos que los gobiernan y, por consiguiente, tendrían menos facilidades de ejercer su voluntad propia y de controlar sus acciones propias. En resumen, los gobiernos nacionales e internacionales están creciendo cancerosamente en todas direcciones. Ya no es el *mínimum* de gobierno, necesario solamente para la

protección del individuo en contra de los abusos de otros hombres y de su Gobierno; ya están creando burocracias absorbentes de poderes máximos.

Si nosotros en los Estados Unidos hemos sobrevivido, a pesar de que hemos adoptado demasiados de estos programas colectivistas, se debe solamente a la acumulación hecha a través de decenas y decenas de años de riquezas y a la inercia del sistema de la empresa privada, libre y competitiva, que nos ha evitado hasta ahora una catástrofe mayor.

IV

Dios sabe que el Gobierno de los Estados Unidos contiene demasiados colectivistas que nos han hecho mucho daño. Pero ahora encontramos un gran número de estudios e informes emitidos por las organizaciones internacionales, tales como las que componen la NU. Ellos están divulgando mucha información falsa y tendenciosa.

Por ejemplo:

1) En todas estas informaciones hay mucha confusión e ignorancia sobre tales hechos económicos como:

- a) Los motivos de la ganancia que inspiran todas las inversiones domésticas o extranjeras;
- b) El rol que juegan los ahorros y las inversiones en una economía capitalista.

2) Estos informes de la NU siempre tratan de poner indebido énfasis en la corriente de las inversiones y de las remesas que salen de un país y no dan ningún crédito a los beneficios amplios, directos o indirectos e intangibles, de las inversiones de los Estados Unidos en otros países.

3) No se preocupan de equilibrar las entradas de dólares con los pagos al extranjero a cuenta de inversiones. No han reconocido adecuadamente el grado hasta el cual las inversiones de los Estados Unidos han contribuido a la capacidad productiva de la América Latina, que aumentó la cantidad de materiales y productos locales por la expansión y el consumo domésticos.

Los dólares ganados y ahorrados anualmente en la América Latina por medio de los materiales y servicios producidos por estas inversiones, son mucho mayores que cualquier salida de dólares en cada año de la América Latina a cuenta de las inversiones.

4) Los autores de estos informes parecen ignorar la serie de beneficios a primera mano y colaterales que resultan de las inversiones de los Estados Unidos, tales como estipendios más altos, el mejoramiento del standard de vida, la creación de industrias locales, la introducción y desarrollo de técnicas avanzadas industriales, comerciales y agrícolas, el entrenamiento del personal local, la formación de un grupo de trabajadores expertos, la independencia de las importaciones, el aumento de las exportaciones —aproximadamente 30% de las cuales resultan de las inversiones de los Estados Unidos en la América Latina—, y así se podría seguir con una larga lista de otros beneficios.

5) Ellos hacen caso omiso de que más de mil millones de dólares son pagados por las compañías de los Estados Unidos y sus subsidiarias en la América Latina como impuestos y regalías. Estos gobiernos reciben así rentas substanciales, pero lo que es igualmente importante, una gran parte de estas rentas se reciben en dólares.

6) Estos llamados expertos de la NU no se dan cuenta del hecho de que de un total de aproximadamente 8 mil millones de dólares, unos 1.200 millones invertidos por los Estados Unidos en la América Latina, producen aproximadamente 1.500 millones de dólares cada año en artículos manufacturados, que de otra manera estos países tendrían que importar, pagándolos en dólares, o sencillamente, no obtenerlos. Esto es aproximadamente un 15% de la producción total de las fábricas de esta área.

7) Hay informes que han salido de la NU, que han hecho aparecer las estadísticas en relación con las inversiones de los Estados Unidos en la América Latina de tal manera de hacer aparecer que constituyen un peso demasiado fuerte sobre las monedas y los cambios de la América Latina. Esta comunicación falta enteramente a la razón.

LA EMPRESA EN LOS ESTADOS UNIDOS

323

Algunos de estos informes hacen aparecer la renta total de una compañía norteamericana, como si fuera la suma remitida a los Estados Unidos. Esto es injusto, porque los intereses netos de las inversiones en la América Latina, especialmente si se toma en cuenta los riesgos de mandar capitales tan lejos del hogar de uno ya son tan modestos que han hecho daño a la América Latina, descorazonando y ahuyentando a nuevas inversiones. Frecuentemente, como en el caso de las actividades públicas, en el transporte, y aún en la minería, los intereses recibidos son más bajos que los que se recibirían por el mismo tipo de inversión en los Estados Unidos y son muchísimo más bajos que los que aceptaría cualquier ciudadano latinoamericano como pago adecuado por el uso de su capital.

Estos técnicos en las organizaciones internacionales, olvidan ciertos datos fundamentales. Por ejemplo, un buen amigo mío ha hecho la siguiente declaración:

"En 1850 había en los Estados Unidos siete millones de personas que trabajando cada una 3.600 horas anuales realizaban una producción avaluada en 12 millones de dólares. En 1949, había sesenta millones de personas trabajando sólo dos mil horas anuales para obtener una producción avaluada en 220 mil millones de dólares. Obsérvese que el número de trabajadores creció nueve veces, el número de horas de trabajo disminuyó en un 41% y el valor de la producción aumentó en más de 180 veces.

Veamos ahora cómo se reajustaron los factores primordiales de la producción.

Los valores humanos, en primer término, sufrieron una profunda transformación. En 1850, los Estados Unidos tenían 23 millones de habitantes. En 1949, 149 millones. En 1850, el término medio del ciudadano americano había cursado 3 años de enseñanza. En 1949, once años. En 1850, los Estados Unidos disfrutaban de los beneficios de 110 mil inventos. En 1949, esta suma se elevó a 2 millones 500 mil. En 1850, los trabajadores norteamericanos realizaban una jornada de 12 horas durante seis días de la semana. Mientras que en 1949, la jornada de trabajo sólo era de 5 días con 8 horas diarias de labor.

En lo que respecta a las instalaciones, también los totales son concluyentes, porque muestran que en 1850 las operaciones se rea-

lizaban con un 60% de energía mecánica y un 94% de energía humana y animal. Por otra parte, la renta proporcional por cada hombre en trabajo resultaba en 1850 de 500 dólares; en tanto que en 1949 totalizaba 8.000 dólares anuales.

Estos son resultados concretos, a través de un siglo. Pero Unidos formular la siguiente pregunta: Cuál hubiera sido nuestra, insisto en un punto de importancia. No son resultados de una población en crecimiento progresivo. Tampoco son resultados de un simple atesoramiento de riqueza. Son los resultados de ambos factores combinados con la voluntad de ahorrar e invertir, más la posibilidad de ahorrar e invertir; son resultados del espíritu de empresa, de la iniciativa personal, en un campo que ofrece comprensión e incentivos para ella".

Son resultados del sistema de la empresa libre, privada y competitiva, bajo cuya influencia el trabajador y el consumidor benefician más que nadie.

V

En relación con lo que he dicho ahora, creo del caso leer lo que dije en la Universidad de Chile la semana pasada. "Desalentar el sistema de libre competencia individual, y aún interferirlo, es tan estúpido como peligroso. Pero hacerlo mediante la extravagancia gubernamental y la aplicación de impuestos desproporcionados, de controles y reglamentaciones excesivos, con la secuela de errores derivados de la denominada planificación desde arriba, es uno de los métodos más seguros de provocar la desintegración social, de promover la confusión internacional y de perder todas las libertades que hemos conquistado con tanto esfuerzo y dolor. Cuando el Estado asume el papel de actor universal, la usurpación de un poder lleva a la usurpación de otro y la nación termina aniquilada bajo el totalitarismo.

Esta afirmación ha sido descrita y confirmada muchas veces por la Historia. El Código de Hamurabi, promulgado 2 mil años antes de Cristo, destruyó a Babilonia mediante la imposición de controles sobre los salarios, los precios, la producción, el consumo y los demás aspectos de la economía. La extravagancia gubernamental y la excesiva burocracia destruyeron la iniciativa individual

LA EMPRESA EN LOS ESTADOS UNIDOS

325

y provocaron la caída de la Grecia antigua. Una economía planificada por el Estado, basada en la indolencia y en los impuestos desproporcionados, acarrearón el derrumbe del Imperio Romano y la regresión de una sociedad civilizada a la oscura Edad Media. El Estado socialista de los Incas se debilitó hasta el punto de convertirse en presa fácil de Pizarro y los conquistadores españoles. A su vez, el gran Imperio Español se derrumbó cuando los monarcas regimentaron todas las actividades hasta el extremo de que nadie podía ganarse la vida si no era un empleado público, un sacerdote o un soldado.

En el siglo actual, basta comparar los beneficios que la humanidad ha logrado merced a las conquistas del individuo y de la empresa privada, con la obra que han realizado los Gobiernos. Para verificar los alcances de esta situación, bastaría en los Estados Unidos formular la siguiente pregunta: ¿Cuál hubiera sido nuestra respuesta si alguien en 1900, nos hubiera pedido que solucionáramos uno de los siguientes problemas?:

1.—Construir y mantener carreteras adecuadas para el uso de vehículos, pasajeros y carga.

2.—Aumentar en un plazo de 30 años la longevidad del ser humano.

3.—Transmitir instantánea y fielmente el sonido de la voz de un lugar a otro, o a cualquier otro punto del universo.

4.—Transmitir instantáneamente las imágenes visuales de un acto, una ceremonia o un entretenimiento, en forma directa a todos los hogares.

5.—Descubrir un preventivo médico como los antibióticos, para hacer desaparecer los males pulmonares y otras afecciones contagiosas.

6.—Transportar físicamente a una persona desde Los Angeles a Nueva York en 4 horas.

7.—Construir vehículos motorizados con la capacidad y las cualidades que tiene un automóvil modelo 1959.

Todavía podríamos añadir a esta lista el aire acondicionado, las maravillas logradas a través de la electrónica y muchos otros adelantos.

Sin duda que en 1900 nos hubiera parecido que la construcción de carreteras adecuadas era la tarea más fácil de acometer y los otros problemas nos hubieran parecido fantásticos, utópicos y propios de una imaginación febril y descontrolada.

Hoy, cincuenta y nueve años más tarde, ¿ha sido solucionado el problema que nos parecía más fácil, como el de las carreteras? No. El dilema de las carreteras en Estados Unidos, que depende de las autoridades públicas, se ha agudizado en los últimos años, como lo demuestran las recientes diferencias que se han producido al respecto entre el Presidente y el Congreso.

En cambio, se han resuelto en forma admirable los otros problemas, los que dependían del individuo y de la empresa privada y que parecían insolubles, y esto ni siquiera nos sorprende.

Para subrayar la diferencia, recordemos la ironía que representó el hecho de que un fabricante de automóviles organizara un concurso con valiosos premios, "para buscar soluciones que remediaran los defectos de las carreteras de propiedad y de uso públicos".

VI

Me parece apropiado llamaros la atención a un hecho muchas veces olvidado en todos nuestros países. Eso es, que la administración de las grandes compañías se realiza siempre por medio de un procedimiento enteramente democrático. Esto es verdad en cuanto a la elección de las Juntas Directivas y de los funcionarios, desde que cada acción constituye un voto. A veces en mi país las luchas entre los accionistas son tan acrimoniosas como lo son en el campo político. Además, si no se les suministra, periódica y oportunamente, a cada uno y a todos los accionistas, los informes detallados, completos y exactos, las Juntas Directivas y los funcionarios podrían verse confrontados no solamente con pleitos personalmente costosos, sino que también con encarcelamiento por fraude. En otras palabras, los derechos del accionista individual están siempre protegidos. En los informes periódicos existe la verdad completa sin

LA EMPRESA EN LOS ESTADOS UNIDOS

327

censura. También, siempre en las reuniones de los accionistas hay amplias discusiones y cada accionista tiene el derecho de hacer la pregunta que desee y exigir una contestación honesta.

Pero, sobre todo, existe la democracia del mercado. Las compañías que satisfacen al público obtienen sus votos, es decir, sus compras. Aquellas que no satisfacen o no tienen atracción para los compradores no venden sus productos y pasan al olvido.

* * *

En todo lo que he dicho hoy he tenido muy en mente las dos fuerzas más grandes que han llevado a nuestra civilización hasta el punto más alto de toda la Historia. El primero de estos principios es el del gobierno representativo constitucional, que se basa en el hecho de que el Gobierno debe servir al pueblo, y no el pueblo al Gobierno. El ciudadano delega ciertos poderes estrictamente limitados a sus representantes, debidamente elegidos, en el Gobierno y siempre con la misma protección tanto para las minorías como para las mayorías.

La segunda fuerza grande, que emana de los principios básicos cristianos y que se encuentra íntimamente ligada a la libertad dada por Dios al hombre de dirigir su propia vida, está en el campo económico, o sea, el derecho santificado por la Biblia de que el hombre puede adquirir y retener la propiedad que ha ganado con su propio trabajo. Implícito en este derecho, está el de practicar la empresa libre, privada y competitiva, y de incrementar la productividad per cápita.

Es decir, por un lado tenemos el principio espiritual y político de que el individuo es el que manda en un gobierno constitucional representativo; por otro lado, tenemos los grandes principios, también espirituales, de incentivos económicos de la empresa privada. El hombre individual, si así lo desea, puede ser el dueño de su propio destino económico.

Si he hablado demasiado de mi propio país, es porque lo conozco mejor, pero, al mismo tiempo, sé que nosotros en los Estados Unidos no somos en nada más inteligentes ni más capaces que otros pueblos. Otros países tienen recursos naturales igualmente grandes, o aún más grandes, que los nuestros. Hay naciones físicamente más fuertes que la nuestra; y así se podría catalogar una larga lista de méritos más grandes que poseen otros pueblos. La

única razón para nuestro avance y fuerza económica y nuestra prosperidad, es el sistema económico que hemos proseguido desde la fundación de la República. Hemos probado que el hombre no tiene que ser prisionero de su medio ambiente, ni de la geografía ni de la Historia.

Si nosotros, como individuos o como nación, cumplimos con nuestra fe cristiana y practicamos sus principios básicos, siguiendo siempre la práctica de dar amplia oportunidad e incentivo al individuo honesto y de emplear sus energías libremente, creceremos y llegaremos a ser tan fuertes que podremos derrotar a cualquiera que pudiera atacarnos.

Durante varias decenas de años, siempre he abogado que los Estados Unidos debe dedicar sus esfuerzos primeramente para conseguir que nuestra nación sea tan poderosa como sea humanamente posible lograrlo, tanto económica, militar y espiritualmente, como de cualquiera otra manera. Cuando estemos bien encaminados hacia esta meta, podremos, y deberemos, tratar de ayudar a nuestra comunidad —o sea, a este hemisferio— para que llegue a ser igualmente fuerte. Entonces el ejemplo y el éxito de las Américas puede inspirar a otras naciones, en otras partes del mundo, a ayudarse a sí mismas, y a no buscar más nuestro apoyo financiero.

Si en nuestro país podemos conservar: (1) nuestra fe cristiana y la moralidad implícita en ella; (2) nuestro sistema de gobierno constitucional y representativo y (3) mejorar las condiciones de vida de los dos continentes americanos, habremos realizado una de las tareas mayores y más laudables en toda la historia del hombre.

Si podemos hacer estas cosas, entonces talvez podamos impedir que los Estados Unidos siga el trágico camino hacia el olvido que han seguido todas las grandes naciones antiguas. Sí, y talvez así hasta podríamos salvar nuestra civilización.